

# Tomás de Mattos en la Biblioteca Nacional

Andrés Echevarría<sup>1</sup>

## Resumen

Tomás de Mattos ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional de Uruguay entre 2005 y 2010. El escritor, que contaba con una destacadísima trayectoria y algunos de los títulos más reconocidos de nuestras letras, le dio a su gestión una particular impronta con su bonhomía y apertura, destacándose numerosos proyectos culturales y publicaciones durante su período.

Alguna vez, Tomás de Mattos, en una entrevista televisiva, sostuvo que la asunción como director de la Biblioteca Nacional satisfacía su fantasía de tener una librería. Seguramente esa consideración estaba vinculada al ser humano y escritor que reducía el mundo a un gesto nimio, al diálogo profundo e íntimo de una charla circunstancial durante un almuerzo, en un bar de Tacuarembó, Montevideo, o en la amplísima oficina que ocupó desde el 2005 hasta el 2010 como conductor de la institución que alberga el archivo más importante que tiene nuestro país de libros y documentación literaria. Tuve la oportunidad de conversar muchas veces con él durante esos años cuando me tocó cumplir tareas en una oficina de al lado. Posiblemente, hasta ese momento, el despacho del director nunca había estado con sus puertas tan abiertas y la circulación del personal de



---

1. Melo, Cerro Largo, 1964. Poeta, ensayista y dramaturgo uruguayo. Entre otras distinciones, obtuvo el Premio Onetti y las declaraciones de Hijo adoptivo y Huésped ilustre de Santiago de Chuco (Perú) por los trabajos sobre César Vallejo. Sus poemas y ensayos figuran en diversas antologías y revistas literarias de su país y del extranjero.

todas las secciones frente a su escritorio era común desde que llegaba hasta que se retiraba. El escritor resignaba el oficio que le había generado los mejores reconocimientos y aplausos de críticos y lectores de nuestro país colocándolo entre nuestros literatos más importantes, por una función pública que lo exponía a decenas de problemas por resolver. «Es una cuestión de militancia y cristianismo», me explicó, «debo cargar la cruz hasta el final». Era devotamente cristiano, y también su filosofía espiritual le llevaba a reducir a un gesto de humildad, asuntos que se debatían en campos de una burocracia despiadada como tantos asuntos del Estado. Recuerdo que una vez visitamos a Amanda Berenguer para conversar sobre la donación de todos sus libros y archivos –lo cual se efectivizó con posterioridad– a la Biblioteca Nacional. Estábamos los tres en la casa de Amanda y en algún momento surgió el tema de la religión, pudiendo presenciar por mi parte el intercambio entre dos concepciones diferentes. «Para entender al cristianismo», sostuvo Tomás, «hay que comprender el hecho de que Jesús naciera en un pesebre; en ese receptáculo tan sencillo y humilde está la clave». Y redujo la filosofía más influyente en dos mil años, a un concepto que colocaba como objeto central el recipiente «donde bebían los animales», según explicó.

Este mismo pensador, como escritor, redimensionó en su obra las figuras de Fructuoso Rivera y su sobrino Bernabé, mostrándonos las vicisitudes históricas con una lupa en las amargas circunstancias de Salsipuedes; nos hizo tangibles las prédicas de Jesús y bajó de una estatua a José Pedro Varela. Los grandes acontecimientos históricos quedaron en sus páginas a la misma altura de los relatos que asumen la cosmogonía de su Tacuarembó. Es que quizás lo importante siempre está en el gesto mínimo y profundamente humano que Tomás de Mattos buscaba en su escritura y decisiones. Y el resultado es la empatía, el reconocimiento de tantas bibliotecas uruguayas que guardan en sus estantes algún ejemplar de *¡Bernabé, Bernabé!* o *La puerta de la misericordia*. La expectativa que generaba cada una de sus publicaciones y las salas colmadas cuando presentaba algunos de sus títulos, eran testimonio de la gran atención a su obra. Y la necesidad de sentir las grandes historias más cercanas, tangibles, entender el ejercicio humano de los grandes referentes.

Además de su trabajo novelístico, Tomás de Mattos nos dejó algunos de los mejores cuentos de nuestra literatura: «La trampa de barro» y «La mudanza», por citar solo dos. A propósito de «La mudanza», alguna vez le mencioné mi predilección por este relato,

a lo que me respondió que todo lo contado allí se había dado en la realidad. Eso quería decir que la anécdota generada por la expectativa de su familia con la posterior derrota de la selección uruguaya de fútbol en 1954 frente a Hungría, era verdad. Pero también era cierta la metáfora que hablaba de un país que iba a cambiar y no siempre iba a tener triunfos como los del Maracaná; y que la atención del autor estaba más en las derrotas que los triunfos de la condición humana. Tomás de Mattos era hijo de las décadas de cambios, difíciles, conflictivas; su interpretación del mundo estaba impregnada de su época y circunstancias. Le gustaba mucho el fútbol y siendo los dos peñarolenses, se daban algunas charlas fuera del horario laboral —el comienzo de las jornadas, sumándose las funcionarias de secretaría y otras veces en algún almuerzo o viaje—, donde el deporte ocupaba su atención. «Lo difícil fue cuando jugaron por primera vez Tacuarembó con Peñarol», me contó, «pero en el segundo tiempo ya estaba hinchando por Tacuarembó, te va a ocurrir lo mismo cuando se enfrenten Cerro Largo y Peñarol». Tacuarembó estaba más cercano a su concepto de las cosas que Montevideo, algo en él nunca renunciaba a su departamento aunque la capital le demandara la presencia y en su terruño fueran quedando algunos recuerdos dolorosos con el paso del tiempo según me dijo: «las ausencias», explicó.

La literatura uruguaya había perdido en sus referencias la presencia de nuestro interior. El escenario de la narrativa y poesía de la dominante generación del 45, es la ciudad —con la excepción de Mario Arregui— y la narrativa y poesía de autores como Juan José Morosoli, Eliseo Salvador Porta, Serafín J. García, Francisco Espínola o Julio C. da Rosa, no alcanzaron a desplazar la influencia de Juan Carlos Onetti para un existencialismo ciudadano que acaparó la escritura de tantos narradores y poetas a partir de la década del 40. Con Tomás de Mattos vuelve a hacerse presente el interior y el éxito de sus publicaciones cambia el rumbo hacia un escenario más amplio que no discrimina la centralidad en los contextos pueblerinos. Y no a través de una postal idealizada o una diferenciación prejuiciosa, sino desde el testimonio de quien ha crecido y ama los rincones que describe. Un realismo dostoiévskiano se impone entre las páginas; hasta lo ucrónico es palpable y cercano bajo la lupa que hace más humana la historia. «¿Quién tiene dudas de que Dostoiévski fue el más importante?», me aseguró.

Tomás de Mattos nació martes 14 de octubre de 1947, año en el cual asumió como primer mandatario de la República Luis Batlle

Berres, desde su condición de vicepresidente electo y ante el fallecimiento de Tomás Berreta. Se iniciaba un período donde, en lo interno, la carismática figura de Batlle Berres reafirmaba proyectos estatistas y desde el exterior comenzaban los efectos de una posguerra que traían cambios para el comercio y la política mundial.

La década del 60 lo tuvo desde muy joven manifestando su vocación literaria: en los vínculos con el Grupo de Tacuarembó donde la presencia central del poeta coterráneo, Washington Benavides, estimulaba la creación de cantautores y escritores. El reconocimiento obtenido a los diecisiete años por un trabajo sobre el Hamlet de William Shakespeare, y la inclusión en la antología de Ángel Rama publicada en 1966, titulada *Aquí: cien años de raros*.

La antología editada por Arca, donde el crítico Ángel Rama evoca el concepto de Rubén Darío sobre lo «raro» en literatura, instalaba a Tomás de Mattos —quien tenía solo 18 años— junto a Lautréamont, Horacio Quiroga, Federico Ferrando, Felisberto Hernández, José Pedro Díaz, L. S. Garini, Armonía Somers, María Inés Silva Vila, Gley Eyherabide, Héctor Massa, Luis Campodónico, Marosa Di Giorgio, Jorge Sclavo y Mercedes Rein. En *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, el autor comenta sobre su antología:

...en la antología Cien años de raros, donde conmemorando la primera publicación de un seudouruguayo, el conde Lautréamont, intenté ofrecer el envés de las dominantes realistas y racionalistas de las letras uruguayas, la oscura persistencia, a través de un siglo, de riesgosas invenciones literarias. (Rama; 1982)

Las «riesgosas invenciones literarias» de Tomás de Mattos, más allá de esa primera impresión de Rama —quien indudablemente, junto a la revisión de nombres consagrados, quiso estimular voces nuevas— no las vamos a encontrar en su trayectoria por artificios que desatiendan características formales ni impongan lecturas ajenas a la realidad. Por lo contrario, el impacto de la realidad es lo que alimenta la narrativa desde su primera publicación en 1976 de *Libros y perros*, con los cuentos «El hermano Ángel», «No era Hipólito», «La jaula» y «Libros y perros» que le da título al libro. El autor va a recoger la experiencia universal del realismo ruso, permitiendo que los protagonistas expongan por ellos mismos sus vicisitudes, y la técnica del monólogo interior, tan relacionada a William Faulkner, va a estar presente de forma predominante como en el resto de la narrativa latinoamericana. Tendríamos que irnos al minuano Juan

José Morosoli, para encontrar este «monólogo interior» atendiendo la condición del ser humano en el interior de nuestro país. De igual manera que Morosoli, de Mattos aleja todo análisis hiperbólico para centrarse —de forma frecuente y con mucha crudeza— en los ecos de circunstancias que interpelan —desde sus condiciones tan nimias como impactantes—, una sensación de pánico que subyace y asoma. El sentir que estas circunstancias no resultan ajenas, nos mantiene en alerta, avanzamos fascinados junto al autor entre historias que desnudan la unión entre lo tenso y lo cotidiano. Las desventuras, la indefectible derrota se intuye entre las páginas. El año anterior a la aparición de *Libros y perros*, había culminado sus estudios de Derecho en Montevideo, recibiendo como Abogado y regresando a vivir en su Tacuarembó. Cuentan de un famoso pintor del barroco al que en una corte lo reconocían como diplomático, que al ser sorprendido pintando y ante la pregunta de si esa era una actividad de sus tiempos libres, respondió que en realidad él era un pintor que en sus tiempos libres actuaba como diplomático. De la misma manera se podía percibir que la profesión de escritor se anteponía en Tomás de Mattos al resto de sus actividades; sus tiempos, su introspección, la complejidad de sus pensamientos se correspondían antes que nada con los de un escritor.

Con la publicación en 1983 de *Trampas de barro* («La trampa de barro», «Mujer de Batoví», «De puro buena que soy» y «Padres del pueblo»), se afirma la presencia del autor entre las letras uruguayas, y el singular éxito en 1988 de la novela histórica *¡Bernabé, Bernabé!* lo coloca en primera fila de nuestra narrativa. En algún momento, Tomás de Mattos me contó que escribió esta celebrada novela corta durante una convalecencia y en pocos días. En casuales encuentros míos con documentos recogidos por los estudios de Juan Pivel Devoto, encontré algunas crónicas del siglo XIX que me recordaron la visión recogida por de Mattos en su libro. Más allá del tiempo de escritura, fui testigo más de una vez de los estudios previos que le demandaban las novelas históricas, como en la ocasión cuando lo visité en un sanatorio antes de una operación a la que debió someterse: preparaba *El hombre de marzo* y en la cama de al lado lo acompañaban numerosos libros de historia y crónicas de época.

En *¡Bernabé, Bernabé!*, las concentradas y apasionadas investigaciones del escritor emprenden su viaje novelado a través de Josefina Péguy y buscan —enfrentando el episodio histórico y traumático de Salsipuedes, que señala una cruel matanza de indígenas en

1831– encontrar una respuesta moral. El firme y convencido cristianismo de Tomás de Mattos subyace en toda su obra; sin un discurso obvio, con los recursos de la literatura como debe ser, somos llevados a una conclusión de contenido ético, en algunos otros títulos con impronta existencialista, pero siempre apuntando a una respuesta moral.

Desde las primeras escaramuzas hasta la última fue fiel a un único estilo de combatir. Siempre precedió a los suyos en la lucha, ordenándolos en pocas y amplias líneas de carga tan cerrada como resuelta a convertirse, ante cualquier atisbo de resistencia enemiga, en una azarosa frontera entre la vida y la muerte. ‘No hay mejor arenga que el ejemplo’ decía sin ocultar su desprecio por algunos de sus superiores o camaradas. Ese coraje reiteradamente probado le ganó la veneración de gauchos y charrúas que no ocultaban su preferencia por combatir bajo, sus órdenes. Incluso puedo aportarte un detalle concreto, que me contara Rodolfo, un hijo –también natural– de don José María Raña, el primer Jefe Político de Paysandú, y que me ratificara el sargento Gabiano. Bernabé detestaba que sus hombres gritaran en el combate. A su juicio, el griterío solo servía para confundir, porque cubría las órdenes y los avisos, y era, sobre todo, un vergonzante signo de debilidad: «El que necesita asustar, tiene miedo de que se le resistan». Solo en ese detalle –que tanto contrariaba sus costumbres– los indios que peleaban bajo sus órdenes no se le sometieron. (de Mattos; 1988)



La ucrónica condición de la novela histórica, que indefectiblemente pasa por la subjetividad del autor, es velada con pormenorizados datos fidedignos, convenciéndonos de la verosimilitud en ese ejercicio enciclopédico que nos recuerda la propuesta narrativa y poética de Jorge Luis Borges. Pero tanto lo epistolar como el acercamiento al pensamiento íntimo de los personajes, nuevamente nos remiten a Fiódor Dostoievski y a la gran influencia de la narrativa latinoamericana en el siglo XX: Faulkner. *¡Bernabé, Bernabé!* obtuvo el premio Bartolomé Hidalgo, el premio del Ministerio de Educación y Cultura y el de la Intendencia Municipal de Montevideo convirtiéndose, además, en uno de los libros más vendidos de todos los tiempos en Uruguay. Esta historia del sobrino de Fructuoso Rivera y los hechos de Salsipuedes, coincidían con los años posteriores de retorno a la democracia y la avidez de un público lector por repasar acontecimientos identificatorios.

La voz del escritor Tomás de Mattos es reconocible, rica en vocabulario, dueña de una sintaxis fluida y de una técnica que provoca el indispensable trance hipnótico de la buena literatura. En el 2002

publicó *La puerta de la Misericordia*. «Siento que toda mi obra anterior era un aprendizaje para escribir *La puerta de la Misericordia*», me comentó una vez, «es mi libro más importante». La inconmensurable figura de Jesús es llevada a un plano donde algunas coordenadas de la religión se hacen tangibles a través de un hipotético testimonio —«Mi nombre Tomás me relaciona con el apóstol que necesitó tocar las heridas del Cristo para su fe», me comentó—. Cuando regresábamos de la casa de Amanda Berenguer, donde explicó que la clave del cristianismo estaba en el pesebre en el cual había nacido Jesús, me expresó el privilegio de haber visitado a alguien tan importante para las letras como era Amanda —lo cual, por supuesto, es verdad—; corroboré por su comentario, que aquella humildad extrema a la que se había referido al exaltar la trascendencia del pesebre dentro de la iconografía cristiana, era también algo innato en él. Nunca era consciente de su propia presencia en la literatura uruguaya, ni imponía el derecho ganado con una de las trayectorias más destacadas de su tiempo.

El escritor y su personalidad oscilaron entre supuestos contrastes: el de un hombre que aparentaba más edad sumando padecimientos de salud y un alma que conservaba la capacidad de asombro de un niño; el de un ferviente cristiano y la militancia política en un campo —y país— donde predominan los discursos anticlericales; la popularidad como escritor que —como pocos— podía llenar salas con público expectantes de sus nuevos títulos y el de un hombre tímido, reflexivo y solitario; la erudición que atendía temas históricos y trascendentes y el entusiasmo en charlas cotidianas y distendidas donde el fútbol y el humor frontal y brutal siempre estaban presentes.

Tomás de Mattos era un hombre de su hogar, junto a su esposa América, su hijo Ignacio y al recuerdo de sus padres, y se asomó al mundo a través de una obra con sapiencia y pasión por los temas que trataba. Las coordenadas de nuestra historia afloraron en sus escritos, consiguió configurar el espejo emocional y afectivo que se necesita. Además de los citados títulos, nos dejó los volúmenes de cuentos *La gran sequía* (1984) y el póstumo *Vida de gallos* (2016), así como las novelas *La fragata de las máscaras* (1996), *A la sombra del paraíso* (1998), *Cielo de Bagdad* (2001), *Ni dios permita* (2001) y *Don Candinho o las doce orejas* (2014).

En cierta ocasión, ante la reedición de *La fragata de las máscaras*, la editorial le solicitó que hiciera una revisión y corrección, oportunidad que el autor aprovechó para agregarle más páginas a la ya extensa

novela. Cuando lo vi preparar *El hombre de marzo*, corroboré aquella necesidad de sumergirse y escribir como una forma de encontrarle explicaciones a la condición humana en contextos históricos extremos. Y reducirla a una llaga palpable como había hecho el apóstol Tomás. José Pedro Varela bajaba de su estatua, salía de los retratos escolares y nos contaba su edad de la que habíamos sido inconscientes por esa condición sagrada que pretende perpetuar la historia oficial. «Me interesa que leas el capítulo donde aparece Lautréamont», me decía; también el misterioso Isidore Ducasse tomaba vida entre las páginas, y aunque el retratado no coincidía con mi percepción del montevideano referente del surrealismo, terminaba convenciéndome de que la historia siempre es subjetiva y lo más valioso que nos puede dejar es la carnalidad, la vitalidad que en definitiva interpreta a cada uno de nosotros y al colectivo del que participamos.

Tomás de Mattos falleció el 21 de marzo de 2016. Resulta imposible referirse a su pasaje como director de la Biblioteca Nacional sin tener en cuenta al escritor que relegó los refugios de su hogar, su ritmo introspectivo y menguó sus investigaciones históricas para exponerse en un cargo público con todas las dificultades que esto acarrearaba. Uruguay cambiaba de signo político en el gobierno y esto traía responsabilidades extras por la atención concitada hacia las propuestas. Durante su gestión se incrementaron en gran medida las publicaciones con títulos de gran importancia, se aprobó la ley del Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas comenzando a instrumentarse posibilidades para efectivizarse, se realizaron significativas exposiciones y ciclos culturales –la exposición Juana, escándalo en la luz, sobre Juana de Ibarbourou y en coordinación con el Centro Cultural de España, donde me tocó hacerme cargo de la curaduría junto al Prof. Jorge Arbeleche, convocó a más de 9.500 personas en menos de dos meses–, mejoras edilicias como la colocación de *lockers* a la entrada e informatización del sistema de consultas, se realizaron las «Fiestas Mayas» –aquí el autor de novelas históricas encontró la posibilidad de conciliar su vocación con la función– cerrando la calle Tristán Narvaja durante un día al año para que las librerías expusieran en la calle y se buscó el diálogo y contacto más allá de la estructura neoclásica proyectada por el arquitecto Luis Crespi para el edificio que alberga la institución. Fueron años de intensos trabajos. El propio Tomás de Mattos, culminado su período como director y en el discurso de despedida, dijo que se había sentido como «Dogomar Martínez frente a Archie Moore», aludiendo a la famosa pelea

boxística donde el uruguayo Martínez debió resistir 15 *rounds* frente al poderoso boxeador norteamericano. No fue fácil para él y muchas veces se sintió solo frente a las vicisitudes no siempre gratas que resultan de una función estatal.

Una de las últimas veces que lo vi fue ingresando a la Biblioteca Nacional. Había dejado de ser director desde hacía unos años y parecía devuelto a su solitaria bonhomía, al resguardo del hombre que buscaba redimensionar a un gesto íntimo los grandes hitos de la historia. Cuando Tomás era «empujado» a una conferencia, presentación o entrevista, su titubeante voz comenzaba a aclararse, a velarse la mirada inmediata para irse a esa zona desde donde asomaba una claridad hipnótica y decidida: era un gran orador, capaz de encontrar como pocos las conclusiones necesarias para cerrar conceptos. Pero todo esto venía de una región solitaria, de ese mundo que parecía pedir la quietud necesaria y que fue sacrificada con generosidad para brindarse como servidor público. Como expresan las páginas de William Faulkner en *Mientras agonizo*: «Él nunca quiso que la gente viviera en los caminos, porque ¿qué es lo que está en un sitio antes, el camino o la casa?» En *Don Candinho o las doce orejas*, Tomás de Mattos también lo dice:

Tres veces tuve la oportunidad de gozar de un traslado, pero otras tantas veces lo rechacé. Mi mujer, Eduvigis Romero, no conoce del mundo otra parte que esta y aquí tiene a su familia y un pedacito de tierra –por supuesto, heredado– muy fértil. Que nuestros hijos Melitón y Amanda labren su propia vida. Nosotros, más que humanos, somos ya una pareja de arraigados árboles de Caraguatá. (de Mattos; 1988)

## Bibliografía

- Rama, Ángel. *Cien años de raros*. Montevideo, Arca, 1966.
- Rama, Ángel. *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 1982.
- de Mattos, Tomás. *Libros y perros*, Ediciones de la Banda Oriental, 1976.
- de Mattos, Tomás. *Trampas de barro*, Ediciones de la Banda Oriental, 1983
- de Mattos, Tomás ;*Bernabé, Bernabé!* Ediciones de la Banda Oriental, 1988
- de Mattos, Tomás. *La puerta de la misericordia*. Alfaguara, 2004.
- de Mattos, Tomás. *Don Candinho o las doce orejas*. Alfaguara, 2014.